

Adolfo Yáñez

30º

**HIJOS DEL PASADO Y PADRES DEL FUTURO**

Vivimos en una época acelerada y convulsa de cambios vertiginosos en todos los órdenes. A los seres humanos, nunca el presente se nos había convertido en pasado tan deprisa como hoy y nunca el futuro nos había llegado con la rapidez que ahora nos llega. Invenciones tecnológicas que acabamos de estrenar se convierten en obsoletas en un abrir y cerrar de ojos y formas de vivir, de pensar, de viajar, de entender la familia, de relacionarnos unos con otros, etc., o costumbres que ahora abrazamos orgullosos y que a nuestros abuelos les habrían parecido inalcanzables, estamos seguros de que no serán exactamente las costumbres ni las formas de vivir ni las tecnologías de nuestros hijos y, a nuestros nietos, les parecerán auténticas antigallas. Nada, absolutamente nada parece duradero ni sólido en este siglo XXI en el que vivimos. Estamos en un modelo socio-político que nace de forma acelerada y que reemplaza a otros modelos antiguos que, también de forma acelerada, desapare-

cen a ojos vistas. Hay líderes de opinión que vaticinan, incluso, la necesidad de un reseteo de todo lo anterior en una humanidad que hoy se agita como una enorme coctelera en la que se han mezclado demasiado deprisa muy diversos ingredientes culturales, religiosos, éticos, etc.

¿No les faltará razón a esos arúspices del futuro y la ética, la moral, los valores que considerábamos sagrados y que ahormaban nuestra existencia hasta ahora?, ¿tendrán también la caducidad del móvil que llevamos en el bolsillo o la del coche con el que volveremos a casa? Incluso la Masonería, esta querida institución a la que nos dedicamos en cuerpo y alma desde hace años, ¿se contagiará del torbellino de cambios que a todo y a todos consigue arrastrarnos en el mundo de hoy o logrará seguir siendo siempre la misma que fue? ¿Puede permanecer inmutable o, para no quedar fuera de la cambiante realidad en la que también ella se encuentra, decidirá abordar algún tipo de “aggiornamento”, co-

riendo el peligro de ir donde no debe ir o de acabar donde no debe acabar? Nuestra Orden tiene ante sí el dilema de abordar el siglo XXI con Ánder-son y con los tiempos (para evolucionar al ritmo en el que la humanidad evoluciona) o puede optar por la tranquilidad de permanecer con los tiempos de Ánder-son y con las pautas exactas que se marcó a sí misma en el siglo XVIII. Pero, de la postura que los masones tomemos en esta hora crucial en la que nos ha colocado el destino, dependerá el futuro de nuestra masonería. Somos, lo queramos o no, hijos del ayer, pero estamos llamados a ser también padres del mañana. Se trata de una situación que incumbe por igual a personas y a instituciones. Pensemos, por ejemplo, en una gran institución tan

cercana a nosotros como la Iglesia Católica. En occidente al menos, la Iglesia da la impresión de hallarse atenazada por la duda de mantenerse como siempre o acometer transformaciones drásticas



para cortar la grave hemorragia de fieles que ahora padece, fieles que se le han ido y que ya no asisten a sus ritos como antes, fieles que de nuevo se bauticen y se casen en sus templos, que den continuidad al mensaje que Cristo le confió y que llenen otra vez sus seminarios.

En un terreno más laico, lo mismo les está ocurriendo a muy poderosas formaciones políticas tan conocidas por todos nosotros como el golismo conservador en Francia o la socialdemocracia en Italia, por volver a poner ejemplos de colectivos que, en un pasado reciente, fueron multitudinarios en países de nuestro entorno. Estos partidos tampoco supieron ver que la realidad social en la que se en-

contraban y para la que existían había evolucionado y, por no evolucionar al unísono con la sociedad, se han desmoronado o están sufriendo lo indecible para sobrevivir.

Nosotros no somos partidos políticos ni somos una iglesia, pero considero **muy** muy importantes los desafíos que también se nos plantean en esta época de trepidantes trasformaciones y opino que, en tanto que miembros de la Orden masónica, tenemos el deber de mirar muy de cerca la sociedad que nos ha tocado en suerte, para dar con las claves exactas que nos hagan ser hoy eficaces y mantener esa eficacia en el porvenir. La capacidad que mostremos de insertarnos fuertemente en la reali-

dad del mundo de ahora (que no es el mundo de hace 100, 200 ó 300 años) es esa capacidad la que va a decidir que el futuro cuente con nosotros o no. Y os confieso que, como masón de base que soy, me preocupan cier-

tos indicios de un aparente divorcio entre la humanidad actual y nuestra querida institución. Los divorcios y los desamores no surgen, en una pareja, de la noche a la mañana. Llegan paulatinamente y hay señales que los anuncian. ¿Podemos considerar una señal de que quizá nos estamos separando de los hombres y de las mujeres de ahora mismo la creciente pérdida de miembros que la Orden sufre por doquier en el mundo? Pensando en lo que nos concierne más directamente, ¿se trata, igualmente, de una alarma la anacrónica justificación de la que continuamos echando mano los masones españoles (¡recurriendo todavía a los desafueros que con la masonería se cometieron en el ya lejano fran-

quismo!) para explicar nuestra impotencia de crecer en membresía y de ser al fin respetados, conocidos debidamente y valorados en la medida en la que lo merezcamos por la opinión pública de este país? Al encerrarnos en nuestras logias ¿nos hemos olvidado quizá de que el trabajo que para nosotros realizamos en ellas sólo tiene sentido pleno cuando sirve también fuera de esas logias, cuando las piedras personales que labramos dentro de nuestros talleres son piedras que se pueden unir a las que, en ámbitos no masónicos, otros pulen igualmente con el fin de que, entre todos, el gran templo de la humanidad por el que decimos trabajar sea cada vez más hermoso, más bello, más armónico y más vivible?

**-Ser útiles a la sociedad siempre-**

La masonería fue útil cuando se percató de que su entorno carecía de libertad y luchó heroicamente por la libertad de sus propios miembros y por la

libertad de la sociedad entera; cuando se opuso con valentía a los dogmatismos en épocas y en lugares de asfixia dogmática; cuando fundó escuelas, colegios y universidades que enseñaran a mujeres y hombres a ser maestros de sí mismos, desoyendo los dirigismos interesados y los peligrosos adoctrinamientos; cuando la filantropía no la entendió únicamente como un quehacer beato y limosnero, sino como esfuerzo solidario con quienes se veían obligados a sacrificarse más allá de sus fuerzas para conseguir una existencia digna; cuando gozó con los que gozaban e hizo suyos los pesares de los que penaban... En resumen, la masonería tuvo utilidad siempre que fue provechoso camino de vida para los propios masones y estuvo ligada, adherida, injertada a la peripecia vital de sus hermanos los demás hombres.

Considero que, como en épocas pretéritas, nuestros contemporáneos deben seguir sintiéndonos a su lado. Desligados de ellos y sin conexión





con quienes nunca harán masonería, ¿podemos hacer masonería nosotros? Sus circunstancias son suyas y nuestras. Unos y otros vivimos en un mismo planeta globalizado, de comunes éxitos y de riesgos comunes, de prosperidad y de avances compartidos, de crisis salvajes que, a quienes nos encontramos en el llamado primer mundo, nos ponen en peligro los estados de bienestar que disfrutamos y que obligan al desarraigo, a la emigración y a los peligros de una patera a millones de seres que habitan en países deprimidos. ¿Podemos olvidarlo mientras nos deleitamos con bellas liturgias, encerrados en templos, lejos de miradas profanas y quizá lejos de los problemas que muchos profanos sufren y que no hacemos nuestros?

Hemos venido a reflexionar sobre el mundo que ahora tenemos y sobre los desafíos que el siglo XXI nos plantea. Pues bien, evoquemos, aunque sea de manera sucinta, la realidad de un mundo en el que abunda la soledad de los ancianos, la pérdida de horizontes en los jóvenes, los descarríos afectivos y emocionales, un mundo en el que han desaparecido valores (casi siempre de origen religioso) que apuntalaban al conjunto de la sociedad hasta hace pocas décadas y en el que hoy, infinidad de gentes de cualquier estrato social, no han sabido encontrar valores nuevos que sustituyan a los antiguos, para que les sirvan de asideros éticos y, gracias a ellos, vivir con un mínimo de dignidad y decoro. ¿Podemos permanecer indiferentes ante todo esto?

Decimos ir a la cuarta o a la quinta revolución industrial y, cerca de nosotros, hay quienes todavía

pasan hambre, se visten con ropas de segunda mano que alguien les donó, carecen de cuatro paredes para encerrarse entre ellas y penan lo indecible para sacar adelante sus vidas. Sé bien que nuestra misión no es la de Cáritas o la de Cruz Roja y nuestras logias no son clubes de rotarios ni clubes de leones. Lo que intento manifestar es que considero loable (y positivo para entroncarnos plenamente con toda la realidad del siglo XXI) no perder la sensibilidad social que en otros siglos empujó a hermanos nuestros, entre otras iniciativas, a fundar esos clubes de leones y de rotarios o esa Cruz Roja. Hoy serán distintas las iniciativas que debemos tomar, y sabremos encontrar las que más convienen a estos tiempos si, dentro y fuera de nuestras logias, nos obsesionan todos los desafíos que nos plantea esta nueva era en la que entrando. Se nos ha enseñado que lo que hacemos por otros nos hace también a nosotros, mejoramos mejorando a los demás y nos construimos construyendo.

Nos hallamos, sí, en una nueva era que anhela ir hacia un futuro de inteligencia artificial, “big data”, avanzados medios cibernéticos y revolucionarias soluciones cuánticas. Pero es también una era de migraciones multitudinarias con las que continentes enteros, como África, parecen sentir la necesidad de trasladarse a otros continentes como Europa para, aquí, hallar trabajo y comida, implantar sus formas de vivir, de pensar, de rezar, de seguir con las costumbres que les son propias y desplazando poco a poco otros estilos de vida y otras costumbres respetables que fueron las nuestras hasta décadas recientes. Todo este maremágnum de si-



tuaciones en las que nos debatimos hoy, ¿no son temas sobre los que reflexionar y no forman un complejo marco en el que fijar nuestros trabajos? En la sociedad profana, son muchas las personas que viven aisladas en su bienestar y pasan olímpicamente de quienes, en esta alocada vorágine de circunstancias que conforman el siglo XXI, habitan a su lado y se levantan cada mañana con carencias enormes que solucionar y horizontes muy estrechos en los que moverse. ¿A nosotros nos es lícito evocar una y otra vez a esos hermanos masones a los que acabo de referirme y que, en el pasado, entregaron incluso su vida por la mejora de aquellos con los que vivieron, sin nosotros entregar nada de la nuestra y sin seguir muy de cerca los avatares de nuestros contemporáneos, especialmente los de aquellos a quienes el destino les vuelve la espalda y atraviesan por lacerantes necesidades? ¿Los trabajos que realizamos han de quedarse en planchas sobre simbolismos y en ceremonias, discursos, pases de grado y advocaciones al Gran Arquitecto del Universo? Y el caso es que disponemos de muy eficaces herramientas para realizar no sólo labores que nos sean útiles a nosotros, sino también a los demás. Son herramientas que nos ofrecen la masonería en general y el Rito Escocés Antiguo y Aceptado en particular. A ellas quiero aludir ahora directamente.

#### -Escocismo y siglo XXI-

- En los antiguos relojes de péndulo, había la costumbre de escribir la locución latina “tempus fugit”, el tiempo pasa, expresión sacada, al parecer, de un verso de las *Geórgicas* del poeta Virgilio que

dice exactamente: *Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus*, “pero huye entre tanto, huye irreparablemente el tiempo”. Ese *tempus fugit* es un sabio recordatorio de que, en el hombre, la vida es corta y le conviene no descuidarse malgastando los años que el destino le da y el destino le arrebatara rápidamente. Los años y los siglos se van muy deprisa, en efecto, y lo único que de nosotros queda son nuestras obras. Así les ocurrió a gentes anónimas, en la mayoría de los casos, que nos han antecedido, pero que supieron aprovechar la brevedad de sus vidas para llevar a cabo obras colosales, obras que, gracias a ellas y a quienes las realizaron, la humanidad



ha progresado en todos los aspectos. Esos antepasados que murieron a los 30, 40, 50 ó 60 años, nos legaron la posibilidad de hoy poder volar, curar enfermedades antaño incurables o comunicarnos de forma verbal y visual con los antípodas de la tierra. Gracias a su aprovechamiento del tiempo, el bienestar social del que disponemos actualmente es incontestable y gozamos de avances tecno-

lógicos y científicos que no sólo han cambiado radicalmente nuestra forma de vivir, de pensar, de viajar, de trabajar, sino que nos han permitido ir descubriendo, poco a poco, el negro telón tras el que el Universo guarda sus secretos. Son avances que han trastocado incluso la filosofía y las ideas. Como he comentado con anterioridad, el siglo XXI, en casi nada se parece a siglos precedentes, y lo curioso es que, en este revolucionario cambio experimentado por la humanidad, lo que no ha cambiado nada es la íntima esencia del hombre. En lo más profundo de nuestro ser, seguimos con los mismos miedos,



las mismas ilusiones, los mismos sueños y temores. Seguimos necesitando amar y ser amados. Seguimos haciéndonos preguntas a las que no sabemos responder y siendo presas de la enfermedad y de la muerte. Hoy, como ayer, el hombre sigue con la mente llena de ilusionantes utopías y de medrosas distopías, buscando ansiosamente la felicidad y huyendo desesperadamente de la angustia.

Pues bien, es para este hombre de siempre para el que la masonería del siglo XXI, en el siglo XXI, continúa en pie, para un hombre que vive de forma diferente a la que vivieron sus predecesores, pero que, en sus adentros más profundos, arrastra idénticos temores, sueños, ilusiones y afanes y continúa necesitando asideros para pasar vertical por los cuatro días que el destino le permite existir. Y la masonería, que preconiza una cierta idea del ser humano, de este ser humano que en lo más recóndito de su entraña permanece igual invento tras invento y siglo tras siglo, la masonería no debe temer nada a la convulsión de la modernidad, pues tiene mucho que decir y que ofrecer a las gentes de hoy y de mañana, como tuvo mucho que ofrecer y que decir a las gentes del pasado.

No hay un humanismo auténtico si no tiene en cuenta al hombre en su dimensión total, en su materialidad y en su espíritu. También en su espíritu, como a nosotros nos enseña el rito Escocés Antiguo y Aceptado, ya que sin espíritu dejaríamos de ser lo que somos. Nuestra Orden nació para estar siempre al servicio de quienes necesiten los anclajes de sus valores y el fruto de sus trabajos, reflexiones y búsquedas. Hablo de búsquedas porque el trabajo masónico es un rastreo permanente de la verdad y del bien, un rastreo incesante de esa coraza ética y moral con la que debemos cubrirnos en cada época para afrontar la lucha por una existencia que merezca el calificativo de humana. Aunque no poseemos un corpus doctrinal de verdades y dogmas inmutables, lo nuestro es hacer y ofrecer camino, ofrecer horizontes, ser escuela de aprendizaje, aula en la que prevalece lo que nos preguntamos sobre lo que nos atrevemos a enseñar.

En esas búsquedas, ocupa un lugar esencial, evidentemente, el descubrimiento del rostro exacto de nuestro Gran Arquitecto del Universo. No tendría ningún sentido que la masonería invocara a todas horas al Gran Arquitecto y no le buscara, no

indagara sobre él y no le hiciera objeto preferente de sus reflexiones. Como por otro lado, lo han hecho y lo continúan haciendo los seres humanos que no son masones. Si en épocas pasadas, mujeres y hombres se revestían con ropas tales de túnicas, hábitos o sotanas y se encerraban en monasterios para acercarse a la Causa de causas que originó los cielos y la tierra y cuanto la tierra y cielos contienen, hoy, fuera de nuestras logias, mujeres y hombres siguen buscando incansables esa Causa primera con la misma intensidad, pero de un modo distinto. Se han vaciado los cenobios religiosos de antaño, es cierto, y las pesquisas humanas sobre la divinidad se han trasladado a otros espacios que no son ya las abadías ni los conventos. Los hábitos, sotanas y túnicas de otras épocas se han transformado en batas blancas que ahora visten científicos pendientes de las enseñanzas que les aportan sus grandes telescopios y sus potentes microscopios. Y, en vez de encerrarse en cartujas y trapas, ahora se encierran en laboratorios o bajo tierra en sofisticados aceleradores de partículas como el CERN, entre Suiza y Francia, o en observatorios de ondas gravitacionales por interferometría, como el LIGO, en Estados Unidos. Allí creen aproximarse al rostro de Dios cuando se topan con el bosón de Peter Higgs, o cuando les llega el lejano flujo de las ondas gravitatorias, vagidos con los que el Gran Arquitecto nos deja no sólo ver, sino escuchar la marcha por los espacios siderales de este

grandioso Universo que él creó

El rito escocés que hemos elegido para transitar por nuestra senda iniciática (¡y siempre con el trasfondo del Gran Arquitecto en nuestros trabajos!) nos permite asomarnos también a la compleja realidad que los hombres somos. Es un estudio metódico el que sobre nosotros hacemos y que abarca tanto nuestra realidad individual como social. Lo principiamos en los grados simbólicos y lo profundizamos en los filosóficos. En los tres primeros grados, analizamos nuestras emociones y nuestra racionalidad, imponiéndonos luego deberes muy precisos hacia nosotros y hacia los demás cuando alcanzamos el magisterio. Más tarde, al entrar en el filosofismo escocista, meditamos, por ejemplo, sobre ese don fascinante que es nuestra conciencia, uno de los tres misterios más sobrecogedores (junto al del universo y al de la vida) que nos encontramos al nacer. Etapa tras etapa y grado tras grado, diseccionamos al ser humano indagando

en aspectos que nos son propios como la inteligencia, emanación de la Causa primera, la libertad de pensamiento y de expresión, el derecho que nos asiste a la justicia, a la cultura, a la sanidad, a la facultad de reunirnos con quien deseemos y a ser tratados como iguales ante cualquier semejante, sin tener en cuenta nuestro país de origen, el color de nuestra piel y las ideas o la religión que hayamos abrazado. Analizamos las obligaciones que todos adquirimos con la familia, con la nación a la



en aspectos que nos son propios como la inteligencia, emanación de la Causa primera, la libertad de pensamiento y de expresión, el derecho que nos asiste a la justicia, a la cultura, a la sanidad, a la facultad de reunirnos con quien deseemos y a ser tratados como iguales ante cualquier semejante, sin tener en cuenta nuestro país de origen, el color de nuestra piel y las ideas o la religión que hayamos abrazado. Analizamos las obligaciones que todos adquirimos con la familia, con la nación a la

que pertenecemos, con los débiles y oprimidos, etc., etcétera

Nada de cuanto es atemporal e intrínseco al hombre resulta ajeno al tamiz del escocismo, por lo que la masonería es experta en el hombre como pocas otras instituciones puedan serlo y se ofrece a los humanos de cualquier lugar y de cualquier tiempo (también a los de nuestro agitado siglo XXI) para colaborar con ellos en la construcción permanente de la sociedad civil. En España, el Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado ha conseguido llevar su presencia a todos los rincones de la geografía nacional y, para abundar más en las tareas que acabo de señalar, se ha dotado de selectos ámbitos de reflexión como su Academia de Estudios Masónicos y una muy interesante y prometedora Fundación para el Progreso del Conocimiento. En esa Academia y en esa Fundación, entre otras actividades, los miembros del Supremo Consejo tenemos la posibilidad de analizar con detenimiento la esencia primordial del ser humano, la realidad del hombre de hoy que (como decía anteriormente) se ve inmerso en una sociedad dinámica y un tanto espasmódica. El análisis que hagamos y las conclusiones a las que lleguemos nos serán útiles a los propios masones y se ofrecerán también a nuestros contemporáneos para que, si lo creen conveniente, hagan suyas esas conclusiones y les sirvan en estos tiempos de prisas, mutaciones, vértigos y descarríos personales y sociales. De hecho, la Academia ha impartido ya algún seminario, en colaboración con organismos públicos, dando cuenta de los aportes éticos y filosóficos que puede

trasmitir a la sociedad entera. La masonería nació para eso, para servir a las gentes de cualquier época y de cualquier lugar. Con las medidas que se precisen en cada lugar y en cada época. Nació la masonería para estar junto a mujeres y hombres en días de flaqueza y de tribulación y para disfrutar con ellos en momentos de bonanza y de progreso, para ponerlos en guardia frente a quienes pretendan dominarlos y para ofrecerles valores que den sentido al breve tránsito de su existencia por este mundo.

Sí, el escocismo sigue entre los hombres de hoy y de siempre para enseñarnos a todos a vivir... y a morir. También a morir. El gran filósofo Lucio Anneo Séneca, en su obra *De brevitare vitae*, escribía: *Vivere tota vita descendum est et, quot magis fortasse miraberis, tota vita descendum est mori*. “La vida toda nos enseña a vivir y, lo que quizá te parezca más admirable, se necesita toda la vida para aprender a morir”. La masonería y el filosofismo escocista han hecho suya esta frase del pensador cordobés, y escocismo y masonería, al igual que lo hicieron en siglos pasados, se ofrecen a los hombres del siglo XXI y de siglos venideros para ayudarles (¡para ayudarnos!) a vencer retos y desafíos éticos, políticos y sociales, para ayudarnos encontrar una vida digna y para que, esa digna vida nos enseñe a todos a morir.

